



Roland Barthes y Severo Sarduy

Por: Maximino Cacheiro Varela
Especial para Ateneo
Universidad de Vigo, España



Severo Sarduy

La relación que Severo Sarduy mantuvo con Roland Barthes fue muy intensa como confesó a Gustavo Guerrero (1). Se veían a diario y eso duró un cuarto de siglo. Pasaron juntos muchas vacaciones, sobre todo en Marruecos. Leía todo lo que hacía y muchas veces Ro and Barthes también le leía a él lo que iba escribiendo. Severo confesó que muchas de las cosas que iba soltando en la espontaneidad de la conversación, Barthes las apuntaba en una pequeña libreta y luego aparecían en sus libros para su mayor alegría. Juntos empeñaron a pintar; después de su muerte, Sarduy descubrió un catálogo de los dibujos barthianos, parte de los cuales estaban dedicados a su persona (parte de los que personalmente le había regalado y que estaban desdoblados). El célebre catálogo Flora del barrio latino era su lugar de encuentro. Después de su muerte, nunca más Sarduy leyó una línea suya por miedo a oír su voz; si pasaba en la radio no la escuchaba; una voz salió por televisión pero la imagen no lo afectó porque era de su juventud, que no tenía nada que ver con lo que conservaba. Le pidió a su hermano el anillo que siempre portaba, inmediatamente se lo entregó; un día se lo pondría, para siempre.

En la crítica que Barthes hizo a la versión francesa de la obra En la playa (2) había que cuando uno queda tendido en la arena le vienen a la memoria náufragos, frases sueltas que se cruzan a su alrededor, y al cielo los plápidos los colores pensantes: azul, rojo, amarillo. Si los entresueles con perroza ve pasar a través de sus cejas, cuerpos de los cuales nada sabe. Todo esto forma parte del efecto playa. Como

un pintor, un poeta, un músico, Severo Sarduy para Roland Barthes reconstituye para los lectores este efecto que subyace, como un tesoro, en el fondo de la literatura y que constituye el «tiempo racoznado». Así es como el recuerdo con otra voz se deja oír: la del deseo que al tomar conciencia de él, choca, porque no se sabe muy bien de dónde procede, a dónde va, y lo que es más inquietante, que no se sabe cuál es su última finalidad. Flota, circula, dejá atisbarse, pasa de voz en voz, se interrumpe e insiste. Este deseo es la idea de deseo, pero sin una corporeidad abstracta, una idea que se impone a través de situaciones concretas sin una impronta dramática al modo antiguo; son situaciones ceñidas: estereotipos, chistes, hebras de cosas reladas, flashes políticos, el valván de una palabra que penetra como un taladro a lo largo de un círculo de parejas anónimas. De este efecto de fluididad (que cada vez es más difícil de reconciliar con escrititud) nace la fascinación del lenguaje verdadero, el que nos cuenta la verdad del deseo. Así es como Severo Sarduy habla el lenguaje (lo que hoy es una rareza) de una manera absolutamente feliz en el que resplandece la dicha de escribir. Aunque a Barthes le hubiese gustado que esta fiesta del lenguaje le fuese confiada a la dramaturgia de las voces y no a un simulacro teatral. E reconoce que actualmente la voz humana no se cultiva, acaso en el cine y piensa en el «Other» de Straub y en «La Providence» de Resnais. Sigue para evitar el exceso de texto teatral: con un espectáculo de máscaras, de chantas, en el que el entretejimiento de voces, la voz estallaría (y recuerda el increíble corazón de las pasiones cuando recita el «Burruki» en una sola testitura de voz). A su vez la playa no ceja de tener una relación con el sueño: un texto que se representa a sí mismo tal como quería Mallarmé.

Con motivo de la aparición de *Écrit en danse* (en francés) de Sarduy (3), Barthes hace un análisis de la cultura francesa a la que achaca de otorgar un alto privilegio a «las ideas» o al contenido de los mendajos. Cuando intenta recalcar algo lo hace con una palabra fonéticamente ambigua. Esta cultura

sólo ha conocido a lo largo de los siglos un bálsamo de estilo propio de los combatefíneos de la retórica cristófica-jeesística: unos valores del buen escribir centrados en sí mismos y haciendo hincapié en la transparencia de las ideas y en una distinción del fondo. Hubo que esperar a Mallarmé para que la literatura gala concibiera un significante libre, una escritura desembarrazada de la inhibición histórica en la que se mantuvieran los privilegios del pensamiento liberado de toda oposición. Barthes juzga que pese a Mallarmé y la literatura de combate y el empuje de los combates de implantación del barroco, la literatura francesa sigue inhibida.

El libro de Sarduy viene a recordarle a Barthes que pese a los caos de comunicación transiva o moral, hay un placer del lenguaje. Del mismo juez que el placer erótico y que en ese placer resplandece la verdad del lenguaje. Y que este libro procede no sólo de Cuba (ciudad, palabras, bebidas, vestidos, cuerpos, olores, etc.) sino que en sí mismo es una inscripción de culturas y épocas diversas. En cuanto francés lo que subyace el libro de Sarduy traducido al francés es que desplaza la lengua de pantada en lugar de juntaría. Si el barroco verbal es español, según la historia, gongorino o queretano, y si esta historia está presente en el texto de Sarduy, material y nacional como toda lengua, nos sugiere lo que se puede hacer con una lengua, en este caso la francesa, devolverle la libertad. Este barroco, presente en todas las



Roland Barthes

Roland Barthes y Severo Sarduy [artículo] Maximino Cacheiro Varela.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cacheiro Varela, Maximino

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Roland Barthes y Severo Sarduy [artículo] Maximino Cacheiro Varela. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)